

La idea de utilizar un heterónimo (inédito) **de Rodrigo Rey Rosa**

La idea de utilizar un heterónimo se me insinuó mientras escribía el cuento de corte fantástico que es el núcleo de *Manuscrito hallado en la calle Sócrates* –un texto que no se me habría ocurrido firmar en absoluto y que no escribí como escritor, sino como aprendiz de griego demótico y a un nivel claramente infantil: un simple ejercicio para el aprendizaje de la lengua, que emprendí hacia los inicios de la pandemia, con el fin de entretenerme estando confinado entre griegos y suizos–. Pero el cuento de un niño que se pierde y se adentra en una cueva maya, se precipita por accidente en un abismo y luego aparece milagrosamente cerca de una playa griega para terminar convertido en estatua, resultó en la escritura de *Manuscrito hallado en la calle Sócrates* y de *Metempsychosis*, que es una consecuencia y como el reverso del primero.

Detrás del impulso de cambiar de nombre, un acto simbólico que puede ser tan liberador como el ponerse o quitarse una máscara, suele haber una serie de circunstancias psicológicas complejas que no vale la pena analizar aquí. (Pero, cambie de nombre o no, ¿no cae un latinoamericano o un caribeño muchas veces en la tentación de inventarse a sí mismo cuando se encuentra entre nórdicos?). Un cambio de nombre, que es una forma de ocultamiento, supone paradójicamente también un proceso de autodescubrimiento y autorrevelación. Los escritores de cuentos y novelas estamos acostumbrados a fingirnos personas distintas, a vivir vidas ajenas, pero pocas veces nos embarcamos en la aventura de escribir como escritores distintos –es decir, suprimir la propia personalidad, moldear la posición intelectual y social del que escribe, de quien firma–. Con poca conciencia de las consecuencias que esto podría tener mientras escribía, el uso de un nombre y un pasado inventados para un autor que no era yo me permitió decir cosas que dudo que habría concebido en nombre propio: de ahí, supongo, la sensación de autodescubrimiento, y la sorpresa.

Una vez escrito el libro cuyo protagonista, narrador y autor era Rupert Ranke (sin querer engañar a nadie, por el simple gusto de hacerlo), me propuse persuadir a mis editoras para que me permitieran llevar hasta las últimas consecuencias este juego privado, que a muchos les parecerá infantil; es decir, poner en la

portada del libro el nombre de Rupert Ranke y escamotear el mío propio. Yo quería hacer un experimento –alegué–, con los reseñadores profesionales de obras literarias. He conocido la generosidad de los críticos españoles durante muchos años, pero tengo la impresión de que la mayoría se limitan a ojear los libros que reseñan, aunque sus reseñas sean positivas. (Es como como si la emisión de juicios favorables fuera eximente de la lectura. Para demoler un libro hay que leerlo con algún cuidado, no así para elogiarlo).

Según mis editoras, cualquier crítico que leyera la novelita se daría cuenta de que yo era su autor. Aposté a que muy pocos reseñadores lo advertirían.

Gracias a las bitácoras y plataformas literarias de internet, la prensa impresa, que una vez fue la atalaya de la crítica literaria, ha visto disminuir su importancia y su esfera de influencia, como todos sabemos. Y las crisis económicas que marcaron el inicio de este siglo han aumentado las presiones y los retos que los críticos profesionales enfrentan –desde siempre–. Como afirma George Orwell (que reseñó unos 100 libros en 1940) en su ensayo “Confessions of a Book Reviewer”: Un crítico profesional que debe reseñar un promedio de cinco libros semanales no puede leer con suficiente atención los libros que reseña.

Pero las críticas ecuánimes y desinteresadas siguen siendo necesarias, tanto para los lectores como para los autores.

La primera vista de ninguno de los libros que he publicado –aparte del primerísimo– me ha causado tanta alegría como la de *Manuscrito hallado en la calle Sócrates*, en el que el nombre que aparece en la portada no es el mío. (Tal vez uno debería cambiar de nombre con cada libro que escribe.)

Agradezco a mis editoras haberme permitido cometer, un poco a regañadientes, este capricho. Hasta cierto punto, yo tenía razón: en la única reseña, positiva, generosa, que apareció en la prensa española impresa, no se menciona siquiera (¿por distracción, o por complicidad tácita del reseñador, me pregunto ahora?) la posibilidad de que el autor de *Manuscrito hallado en la calle Sócrates* fuera yo. No he tenido noticia de otra crítica impresa del libro, ni de este ni del otro lado del mar. Algo parecido le había ocurrido un año antes al autor de *Carta de un ateo*

guatemalteco al Santo Padre, de la cual en la prensa española no se imprimió más que una reseña –también generosa y positiva–. A juzgar además por el número de ejemplares vendidos en todo el mundo, el autor suizo desconocido y el centroamericano conocido están a la par.

Un año después de haber terminado de escribir *Manuscrito hallado en la calle Sócrates* me instalé definitivamente en Atenas para seguir estudiando el griego. La paupérrima recepción del libro de Ranke en cuanto a ventas y críticas me incitó a concebir una especie de ajuste de cuentas, un relato en el que el suizo y el guatemalteco volvieran a encontrarse y se vieran confrontados por sus diferencias respecto del libro en cuya escritura habían colaborado. Así cometí *Metempsychosis* –palabra griega que significa un trasvase de almas que no involucra necesariamente la muerte–.

RRR